

Aprendiendo a jugar

Malisa Derendinger Gaynor

Resumen

Se describe la evolución de la psicoterapia de un niño psicótico, desde la casi ausencia de actividad lúdica, pasando por pseudojuegos, hasta llegar al verdadero juego caracterizado por una actividad simbólica y comunicativa (Lieberman y otros, 1984). Se presenta el material clínico sobre el trasfondo de los aportes teóricos de M.Klein y W.R.Bion. En especial los referidos al pasaje desde las experiencias esquizoparanoideas a la integración depresiva como condición para el funcionamiento simbólico, y a la presencia de un objeto materno continente y con capacidad de reverie que permite al niño la introyección de un vínculo con un objeto con el que se pueden compartir emociones y pensamientos.

Con la presentación de un caso clínico trataré de ilustrar la evolución de algunos niños en psicoterapia, cuando es paralela al desarrollo de su capacidad para jugar. En la experiencia de la relación analítica, estos niños aprenden a construir un mundo interno diferenciado del externo que culmina con la aparición de ese espacio transicional (Winnicott, 1951) que es la conducta lúdica. Experiencia de contención y transformación de vivencias angustiosas que hasta ese entonces sólo han podido ser evacuadas y que a partir de cierto momento comienzan a ser pensadas y a convertirse en la materia prima con que se hilvanan sueños y juegos.

Creo que podría señalar el momento en que cada uno de mis pequeños pacientes psicóticos hicieron ese pasaje. En Sergio, por ejemplo se produjo al introducir yo un material en su caja de juguetes con el que sus torpes manitas pudieron, por primera vez, comenzar a construir objetos. Para José, que siempre manifestaba deseos de orinar para luego escapar corriendo por toda la institución, fue el momento en que le impedí salir de la habitación. Me dijo que se orinaría dentro. Le dije que no importaba. Orinó y se asustó mucho del inmenso charco que parecía inundar la sala. En la sesión siguiente orinó dentro de la papelería, y en la que siguió ya no hizo falta: comenzamos a jugar al escondite y dejó de escaparse. Parecen momentos mágicos pero como todas las “magias” tienen su truco. En este caso es la actividad interpretativa previa que prepara el camino para que, a su debido tiempo, el niño se sienta capaz de abandonar --al menos parcialmente-- sus estereotipos defensivos.

Juan tenía 6 años cuando lo conocí. En cuanto lo vi, lo bauticé para mis adentros Juan Raro, como el personaje de **Olaf Stapledon**, “aquella cabeza todo ojo”. Según comprobé después, tenían algunos otros rasgos en común. Como Juan Raro, “parecía demasiado despierto para llamarlo atrasado, y demasiado atrasado para su edad”. Tenía cierta semejanza con un bebé: todo cabeza y movimiento. Todo en él parecía expresar la necesidad imperiosa de arrancarse algo que, por la expresión de su rostro, debía de ser muy doloroso. Tenía calvas en la cabeza a fuerza de arrancarse el cabello, cicatrices

en el abdomen de tanto rascarse, eructaba, se tiraba pedos, arrojaba lejos todos los objetos que estaban a su alcance. Su lenguaje era confuso, farfullaba intercalando alguna que otra palabra inteligible. Hablaba con entonación y parecía construir frases, aunque eran ininteligibles: "Era un balbuceo rico y sutil con raras modulaciones y variaciones" (**Olaf Stapledon**). Tenía un amplio repertorio de palabrotas que, a diferencia del resto de su lenguaje, pronunciaba con claridad y con una voz profunda y masculina.

Los comienzos de la vida de Juan fueron muy difíciles. Un parto prolongado con cesárea no prevista. A su madre se le había agravado una enfermedad degenerativa que dificultaba su contacto con el bebé. Juan rechazaba la leche. No había manera de alimentarle. Cólicos y diarreas marcaron sus primeros seis meses de vida. Fue un bebé irritado, que dormía poco, lloraba desconsolado y que sólo a partir de los tres años permitió que su madre lo acogiera en su regazo. Su padre parecía una figura lejana y ausente. Tenía un hermano, David, cuatro años mayor, que afirmaba entender todo lo que Juan decía.

Hasta aquí es la frecuente y dramática historia de un niño psicótico. Historia que se particulariza por la explicación que la madre da de los trastornos de su hijo. A Juan le habían diagnosticado parásitos intestinales, a pesar de no haberlos detectado en ninguno de los periódicos análisis de materia fecal. Según la madre, los parásitos le "subían al cerebro" y eran la causa de los problemas del niño. Excluía toda dimensión psicológica y así coartaba el acceso a un significado emocional de las conductas de su hijo. Las emociones habían sido reemplazadas por la fantasía --tranquilizadora para ella y, como se verá más adelante, terrorífica para el niño-- de unos gusanos que lo volvían loco. Las vicisitudes del vínculo afectivo con el niño las había reemplazado por "las fases de la luna que reactivaban los parásitos y aumentaban la intranquilidad de Juan".

Durante el primer año de terapia, las sesiones de Juan seguían más o menos el siguiente patrón: cuando le iba a buscar se mostraba bastante renuente a venir conmigo y debía cogerle de la mano --e incluso sujetarle por el hombro-- para evitar que se escapase. A veces entraba en la sala chillando y otras farfullando en su jerga incomprensible. Pero siempre se dirigía directamente a su caja de juguetes. Primero cogía uno y otro, los miraba con atención y de pronto comenzaba a arrojarlos por el aire mientras desplegaba su repertorio de palabrotas.

Me llamaba la atención la manera en que tiraba los objetos: con mucha violencia, pero dirigidos hacia cualquier parte menos a su persona o a la mía. (Sólo

una vez se quedó quieto, mirándome, mientras balanceaba el brazo y amagaba tirarme un juguete directamente a mi cabeza. Pero no lo hizo, lo arrojó deliberadamente en otra dirección). Cada vez que lanzaba algo, lo acompañaba con un "¡hijo de puta!", "¡gilipollas!" o "¡esto es una mierda!". La expresión de su rostro y el tono de voz indicaban enfado y desesperación. Eructos, pedos, ruidos onomatopéyicos y quitarse la ropa completaban la sesión.

Yo fui explicándole que me parecía que estaba queriendo quitarse algo de adentro que sentía que estaba haciéndole daño, y que vigilaba que eso que se quitaba no fuera a volverse otra vez sobre él o encima mío. Cuando yo hablaba solía quedarse quieto mirándome y me "respondía" con un eructo o un pedo. Entonces fui añadiendo la idea de que aquello de lo que quería desprenderse debía de estar en su tripa o ser cacas. Después de muchas sesiones por el estilo, decidió contestar de otra manera: se puso la mano sobre la barriga, y con cara compungida me dijo: "Dolor". A partir de ahí comenzamos a entablar algo parecido a conversaciones de las que yo sólo entendía palabras sueltas: doctor, pediatra, pañales, bebé, daño... Me parecía importante comunicarle mis dificultades para entenderle, ya que consideraba que su lenguaje ininteligible correspondía a fantasías de indiferenciación con el objeto. Haciéndole saber que no le entendía pero que quería entenderle, conseguía que me percibiera como un objeto diferenciado dispuesto a vincularme con él de otra manera. Con la perspectiva que da el tiempo, pienso ahora que su lenguaje ininteligible también constituía una denuncia y a la vez una expresión de la impotencia que debía sentir por la convicción de que dijese lo que dijese y cómo lo dijese, no iba a ser comprendido. En una de estas "conversaciones" Juan rectificó mi observación sobre las cacas que le hacían daño, diciendo con claridad: "cucs" (gusanos). Confirmaba, de esta manera, quiénes eran sus temidos perseguidores internos y cómo su conducta evasiva era su método terapéutico.

Habían transcurrido seis meses de tratamiento. Sus sesiones ya no eran tan tempestuosas; las erupciones volcánicas reaparecían tras intentos frustrados de jugar a "trabajar": repartía hojas mientras nombraba a compañeros de clase. Hacía unos cuantos garabatos sobre las hojas y de pronto gritaba: "¡Esto es una mierda!" y comenzaba a destruirlo y a tirarlo todo. Otro intento lúdico consistía en golpear rítmicamente la mesa con un bloque de madera. Tanto el juego de "trabajar" como el del ritmo parecían hacerle feliz pero por poco tiempo; siempre terminaba desbaratándolo. En nada encontraba satisfacción, ni

como bebé, ni como niño mayor, ni en la relación conmigo. Todo se estropeaba. Habíamos adelantado, sin embargo, en pequeñas discriminaciones entre lo bueno y lo malo: desde un comienzo, Juan aceptaba, de mejor o peor grado, recoger con mi ayuda todo lo que había tirado y mostraba gran preocupación por no dejar nada en el suelo. En este momento podía, además, expresar tristeza frente a un juguete, un lápiz, una hoja rotos. Las identificaciones proyectivas masivas que poblaban su entorno de materiales de desecho iban perdiendo virulencia.

Cuando llevábamos casi un año trabajando juntos, ocurrió ese hecho singular al que me refería al comienzo y que nos permitió dar un paso más hacia ese espacio simbólico que tanto se le resistía. Estaba arrojando los juguetes de su caja y diciendo metódicamente “¡esto es una mierda!”, cuando de pronto al intentar arrojar un pequeño elefante, se le enredó en el dedo un hilo que por el otro extremo estaba enganchado al juguete. Una expresión de estupor le asomó al rostro, mientras repetía --más bajo y con menos convicción-- “esto es una mierda”. Yo sujeté al elefante que se balanceaba en el extremo del hilo, y le dije: “Esto no es una mierda, es un elefante, y como sigas diciendo que todo es una mierda nunca podrás jugar con nada”. Mirándome con los ojos muy abiertos me contestó con voz queda: “Fante...”, y me contó --con bastante claridad-- que habían ido al zoo con su maestra. Comenzó a recoger frenéticamente todos los animalitos y a entregármelos mientras los nombraba.

Supongo que en algún rincón de mi mente debía de estar el niño del “fort” (fuera) que describa **Freud** (1920). Desde luego, no conscientemente. Al niño de **Freud** el carrito atado al hilo le permitía elaborar las ausencias de su mamá. El elefantito enganchado en el dedo de Juan nos permitió conectar con la realidad e interrumpir el círculo repetitivo de leche-cucs que producen dolor y que sólo sirven para ser evacuados. Círculo infinito en que lo bueno que se incorpora se convierte en malo y lo malo que se expulsa no encuentra un objeto que lo contenga.

Podría objetarse que si mi intervención se hubiese efectuado la primera vez que Juan comenzó a arrojar juguetes, hubiéramos acertado el camino. No estoy de acuerdo. Creo que, por un lado, es necesario dar tiempo y espacio para que la fantasía inconsciente se despliegue y pueda ser explorada y comprendida. Por otro lado, la actitud tolerante y permisiva permite modificar la creencia en objetos internos y externos terriblemente dañados. Por último, y no por ello menos importante, paciente y terapeuta necesitan sincronizar tiempos y espacios que a veces --como es el caso con los pacientes psicóticos-- pueden estar

a años luz de distancia. Las prisas, entonces, no acortan caminos, sino que los separan.

Volviendo a Juan, a partir de aquí, comenzó a perfilarse una actividad lúdica más simbólica y auténtica. Ya no eran meras imitaciones de una escena escolar o una descarga sensoriomotriz. Comienza sus juegos de maestra con un “Mira, vamos a hacer...” tal o cual trabajo, que distribuye entre los niños --sus compañeros-- dejando de lado algunos que sospecho despiertan sus celos. Juega a comiditas. Intenta organizar una casa: aquí el comedor, allí la habitación y aquí mi habitación. Se fabrica un álbum escolar. Dibuja caras. Sólo son ojos, nariz, boca. Aún no tienen contorno y a veces hay varias encerradas en un mismo círculo que hace de cabeza. En ocasiones, me mira, sonrío y con mucha dulzura pronuncia mi nombre. Para que no nos llamemos a engaño, alterna sus juegos con tacos y el “esto es una mierda” que acaba con las bucólicas escenas por el suelo. Las secuencias lúdicas son muy breves, como las de un niño de 3 o 4 años.

Poco a poco, los muñecos pasan a primer plano: papá, mamá, él mismo y su hermano David. Todavía estamos en estadios muy tempranos, más que de una actividad simbólica propiamente dicha, se trataría a veces de lo que **Hanna Segal** (1957) describió como *ecuación simbólica*, donde hay identidad entre el símbolo y lo simbolizado. Pero para Juan es un paso de gigantes. Él y su mamá van a misa, hace ver que los muñecos rezan --simboliza--, luego se van a pasear, se sientan en el parque y entonces reaparece el “esto es una mierda” y se interrumpe el juego. Le pregunto: “¿Qué ha pasado?, parecíais tan contentos tú y mamá... ¿qué habrá fallado? ¿no es suficiente estar con mamá paseando?”. Su respuesta es otra vez desorganizada, lo invade la frustración y recurre a la descarga motriz. En sesiones posteriores podemos entender lo que ocurre: la felicidad termina cuando se añaden terceros, que pueden ser papá o papá y David que interfieren la diada mamá-Juan. Aún no está dispuesto a renunciar a una relación exclusiva con mamá (aunque ya no fusional).

En su casa, Juan había comenzado a jugar y sus padres --sobre todo su madre-- no le permitían que arrojara los juguetes. Habían redecorado el piso y le exigían que lo cuidase (según los padres, lo había destrozado). Su madre y él recuperaron una relación muy tierna, en la que ella ya no se sentía tan agredida por Juan aunque reconocía que muchas veces la desbordaba. Hacía tiempo que Juan ya no se rascaba compulsivamente y habían desaparecido las calvas de su cabeza.

Las angustias claustrofóbicas que le hacían evitar el contacto, las vivencias de indiferenciación y la

actividad quasi alucinatoria que poblaba su entorno de lombrices y excrementos, habían ido cediendo en proporción al aumento de la actividad de la fantasía que encontraba su medio de expresión en juegos, dibujos y diálogos, o sea, en proporción al incremento de la función simbólica.

Para concluir, los comienzos de la vida de Juan estuvieron marcados por la precariedad de un objeto que desempeñara funciones de contención y *reverie* (Bion, 1963). Al nacer, se encontró con una mamá enferma (probablemente poco contenida por su ambiente) que recibía el terror del niño y se lo devolvía tal cual. Para sobrevivir, Juan sólo pudo fragmentar su mente y expulsar violentamente los temidos perseguidores internos. El pasaje por las experiencias de integración depresiva quedó vedado. Sus objetos internos y externos estaban demasiado dañados como para hacerse cargo de ellos e intentar repararlos. Tampoco tenía quien le acompañara en la empresa.

Sin embargo, creo que Juan mantuvo la esperanza de encontrar un objeto que le ayudase a reconstruir su mundo hecho añicos. Me lo sugiere la manera en que estaba dispuesto a recoger los juguetes desparrramados por toda la sala (en mi experiencia no es habitual que esto suceda después de proyecciones tan violentas). La caja de juguetes, como símbolo (y a veces ecuación) de su propio cuerpo y del de mamá-terapeuta, mediatizó la reintroyección que de otra forma hubiera resultado muy persecutoria. Las interpretaciones recodificaron sus fantasías reactivando el crecimiento mental que había quedado detenido en una etapa muy temprana. Emociones y pensamientos reemplazaron las somatizaciones y la descarga muscular. El “esto es una mierda”, que en un principio se refería a unos gusanos devorando su vientre, fue reemplazado por: “Esto de estar feliz con mamá y que vengan papa y David a fastidiarlo es una mierda y no lo aguanto”.

De que pueda aguantarlo, tolerar el dolor mental y disfrutar de la belleza del objeto, dependerá su futuro desarrollo. Si continúa aprendiendo a jugar, dispondrá de un valioso aliado, un escenario en que penas y amores encontrarán personajes que los representen y, cuando baje el telón, retornarán a su mente como un buen alimento.

Bibliografía

- Bion, W.R.**, (1963), *Aprendiendo de la experiencia*, Ed. Paidós, Barcelona, 1980
-(1970) *Volviendo a pensar*, Ediciones Horme S.A..E. Buenos Aires, 1977.
- Freud, S.**, (1908), *El poeta y los sueños diurnos*, Obras Completas, Vol.IV Biblioteca Nueva, Madrid
-(1920), *Más allá del principio del placer*, Obras Completas, Vol.VII, Biblioteca Nueva, Madrid
- Grinberg L., Sor D., y Tabak de Bianchedi, E.**, (1973), *Introducción a las ideas de Bion*, Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1976.
- Klein, M.**, (1926) *Principios psicológicos del análisis infantil*
-(1927), *Simposium sobre análisis infantil*
-(1929), *La personificación en el juego de niños*
-(1930), *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo en Contribuciones al Psicoanálisis*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
-(1955), *Sobre la identificación en Nuevas Direcciones en Psicoanálisis*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972.
- Liberman, D.; Podetti, R.F.B.de; Miravent, I.; Wasserman, M.**, (1984), *Semiótica y psicoanálisis de niños*, Amorrortu Editores Buenos Aires, 1984
- Segal, H.**, (1957), *Notes on symbol formation*, *Int.J.Psicho-Anal.* Vol.38, P.391-7
-(1964), *Introducción a la obra de Melanie Klein*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1969.
- Stapledon, O.**, (1971), *Juan Raro*, Ed. Minotauro, Buenos Aires, 1971.
- Winnicott, D.W.**, (1951), *Objetos y fenómenos transicionales*, en *Realidad y juego*, Gedisa, Barcelona, 1979.

Malisa Derendinger Gaynor

Calle Buenos Aires, 28-32, entresuelo 2ª

08036 Barcelona

Teléfonos: 93.430.61.89 y 93.329.22.88